
CAPITULO XXVIII.

NOMBRADO HERNAN CORTÉS POR GENERAL DE LA ARMADA SE ALZA CON ELLA: SUS CALIDADES, Y SE DISPONE PARA PARTIR A SU EXPEDICION: PLAGA DE HORMIGAS Y VIRUELAS EN LA ESPAÑOLA: SE VUELVEN LOS PADRES GERÓNIMOS A CASTILLA, Y LLEGADA DEL NUEVO ADMINISTRADOR DON RODRIGO DE FIGUEROA: AÑO DE 1518.

Hasta aquí como se ha visto hubo varios descubrimientos, que fuera prolijidad referirlos, mayormente cuando hay tantas historias, y que cada uno en particular de los conquistadores merece por sus hechos ocupar gran parte de ellas: entre ellos Hernando Magallanes, portugués, grande astrónomo y experimentado marinero, deseoso de hallar paso por donde sin desembarcarse pudiesen pasar del mar del Norte al pacífico del Sur,

intentó con ánimo atrevido esta derrota en este año de mil quinientos diez y ocho, arrojándose á mares incógnitos y á climas no conocidos: pasó grandes trabajos, contrastó riesgos, venció imposibles, sufrió quejas y amenazas de sus compañeros, y al fin rindiendo con la constancia imposibles, encontró el año siguiente el célebre Estrecho, á quien dió su nombre, que comunica con los dos mares del Norte y del Sur, situado en cincuenta y dos grados, y adonde fenecce aquella península meridional de la América, y descubrió las Islas Filipinas que despues se conquistaron. Dicese que descubrió las Molucas por el Occidente, y llegó á la isla de Zebud, y que allí predicó el Evangelio; que hizo Dios por él un milagro, sanando á un sobrino del Rey Hamabar, y que éste y sus familias se convirtieron: con éstos se bautizaron ochocientas personas y todos los isleños de Zebud. Trató despues Magallanes de convertir á los vasallos del Rey Calipulaco, señor de la isla de Maután; y á veinte y siete de Abril de mil quinientos veinte y uno, el mismo año que se acabó de conquistar la capital de la Nueva España, le mataron. De allí á poco todos los bautizados de Zebud renegaron por consejo de un morisco ó sangley llamado Manrique: mataron al capitan Juan Serrano y á treinta españoles, y con esto salieron ciento y cincuenta castellanos que quedaron vivos,

en la nao llamada Victoria, llevando por cabeza y capitán á Juan Sebastian del Cano, natural de Guetaria, que por la India aportó á Castilla. Este portugués Magallanes, que era hombre para emprender cosas grandes, y otros insignes varones españoles descubrieron tierras, conquistaron provincias, sujetaron reinos, apaciguaron y redujeron naciones bárbaras, pero en muchos de los reinos y provincias no fué tan totalmente ni tan por entero que no dejasen entre unas y otras provincias y reinos, grandes porciones de ellos mismos sin conquistar, sin reducir, sin pacificar, y aun algunos sin llegar á descubrir; ya fuese porque como era preciso empezar sus descubrimientos y conquistas por las costas, puertos y surgideros de los mares, conseguidas en aquello mas cercano, entrando mas la tierra adentro, hallasen mayor resistencia por entónces en los naturales, ó mayor dificultad en penetrar las asperezas y fragosidades de las sierras, ó por otras razones, que hay muchas, y la principal y más cierta porque aquello que Dios les hacia á ellos intratable, lo guardaba para otros de otros tiempos, como lo que en esta Crónica hemos de hablar, lo guardó para el valeroso Hernan Cortés, que fué el primero de los españoles que con ánimo de mas que de hombre osó emprender la conquista y descubrimientos de las tierras vastísimas de la Nueva España, y

el que con el favor de Dios la puso por obra y concluyó felizmente. Pero ántes que pasemos adelante, será bien que digamos sucintamente quién era Hernan Cortés, y por cuántos rodeos vino á poner la última mano á la grande obra de la conquista de la Nueva España, dando lugar á la de la conquista espiritual de sus habitantes, que se ejecutó mediante el celo é infatigable trabajo de los primeros padres gerónimos que fundaron la santa Provincia del Santo Evangelio de México, y despues se prosiguió y perfeccionó con los apostólicos afanes de los individuos que formaron la Santa Provincia de los gloriosos apóstoles San Pedro y San Pablo de Michoacan, cuyos hechos gloriosos en la prosecucion de esta grande obra espiritual son el empeño de esta Crónica.

Nació Fernando, ó Hernan Cortés, conquistador del grande imperio mexicano en Medellin (villa del obispado de Plasencia en Extremadura) en el año del Señor de mil cuatrocientos ochenta y cinco. Sus padres (*) fueron D. Martin Cortés de Monroy y D.^a Catalina Pizarro Altamirano, cuyos apellidos demuestran la antigüedad y nobleza de su familia: no se crió en mucha grandeza por haberse consumido la mayor parte del caudal de sus antepasados en las disensiones de los Monroyes, y

(*) Vida de Cortés, por Fernando Pizarro, en sus Varones ilustres, y otros autores.

en otros bandos que hubo en aquella tierra. Estudió dos años en Salamanca, asistido de los caballeros Monroyes y Rodriguez sus parientes, que en aquella ciudad eran de los linajes mas antiguos y ilustres. Conociendo su poca inclinacion para la carrera penosa y dilatada de las letras, no acomodándose su genio al estudio de la jurisprudencia á que le inclinaba su padre, dejó los estudios, y vuelto á su casa, se resolvió á seguir la guerra, procurando pasar á Italia con el gran capitán Gonzalo de Córdoba; pero al tiempo de embarcarse le sobrevino una larga enfermedad, de que resultó hallarse obligado á mudar de intento. Inclínose á pasar á las Indias, y el año de mil quinientos cuatro, con mucho gusto de sus parientes, se embarcó en un navío de D. Alonso Quinteros, natural de Palos de Moguer, que se hacia á la vela para Indias. Llegó á la isla de Santo Domingo, y como llevaba cartas de recomendacion para el comendador mayor, D. Nicolás de Ovando, dendo suyo, que se pagó tanto de su buena presencia y proceder luego que se dió á conocer, que le hizo una agradable acogida, le ofreció cuidar de sus aumentos con particular esmero, y le admitió desde luego entre los de su familia; pero su magnánimo corazón no se podia acomodar á la ociosidad de aquella isla ya pacificada, deseaba emplearse en la carrera de las armas, y así pidió

licencia para empezar á servir en la conquista de Cuba, y haciendo este viaje, que fué el año de mil quinientos once, en calidad de secretario de Diego Velazquez, con beneplácito de su pariente, trató de acreditar en las acciones su valor y su subordinacion á sus gefes, de modo que consiguió brevemente la opinion de valeroso: el año siguiente de mil quinientos doce, deseando algunos malcontentos dirigir sus quejas contra el gobernador á la audiencia real de Santo Domingo, se valieron para este efecto de Cortés, que como hombre de espíritu admitió esta comision peligrosa, y emprendió pasar á la Española embarcado en una ruin canoa. Velazquez, informado de esta conspiracion lo hizo coger, y arrestado lo habia condenado á la horca. Se interesaron por él las personas más principales y obtuvo su gracia; pero el gobernador, queriendo enviarle preso á Santo Domingo, se echó del navío á la mar, y como se escapaba de noche para ganar la tierra, fué otra vez preso, y mediante el valimiento de sus protectores, hizo paces con Velazquez, que en el fondo le amaba y estimaba; pues á mas de su gallarda presencia y afabilidad grande, tenia otras prendas que le hicieron muy amable: hablaba bien de todos, era festivo y discreto en las conversaciones y tenia grande ánimo para gastar, causa de su buena fortuna. Tuvo galanteos con D.^a Ca-

talina Suarez Pacheco, doncella noble y virtuosa, con quien despues de muchos lances y embarazos en que se mezcló Diego Velazquez y le tuvo preso, al fin se vino á casar por la primera vez. Ajustado su casamiento á satisfaccion de Velazquez, fué éste su padrino, y quedaron tan amigos, que le dió éste repartimiento de indios, y la vara de alcalde en la misma villa de Santiago. Entónces fué cuando sus amigos Amador de Laris y Andres de Duero le propusieron para Capitan general de la armada que se destinaba para la conquista de Nueva España.

Esta eleccion que se hizo de Cortés por Capitan general no debia parecer tan extraña, porque aunque Cortés no hubiese servido empleos hasta entónces mas propios á descubrir en él sus talentos para las negociaciones, que valor y experiencias en materias de guerra, no dejó de manifestar en varias ocasiones que era soldado y capitan, y sobre todo, se habia distinguido mucho en la conquista de Cuba y en otras acciones que hubo entre españoles y indios. Por esto fué casi generalmente aplaudido su nombramiento; pero los que le conocian más á fondo, juzgaron de luego á luego que esta eleccion seria funesta á su autor. Aseguran que uno de aquellos locos que divirtiendo las gentes sueltan á veces unas buenas verdades, llamado Francisquillo, dijo un dia á Diego Velazquez: mira lo que haces, no te veas en la precision de enviar

otro armamento para montear á Cortés: soltó la risa Velazquez y dijole á Cortés: mira lo que dice aquel bellaco de Francisquillo, respondió Cortés que era un loco el que decia esto, que no se le debia hacer caso; pero no tardó en verificarse esta profecia. Lo que contribuyó mucho más al engaño de Velazquez en su desarcetada eleccion, es que se creyó muy seguro por haber tomado las mejores medidas para precaverse contra todo lo que pudieran intentar en su perjuicio. Despues de la llegada de Pedro Alvarado, que le habia traído las primeras nuevas del descubrimiento de la Nueva España, habia despachado á su capellan Benito Martin para la Europa, á fin de que se diese cuenta al Rey de todo y de los proyectos que premeditaba para sacar grandes utilidades de las tierras descubiertas; le habia entregado lo más precioso de lo que se habia traído de tierra firme, y pareciéndole que para sus pretensiones convenia enviar otra persona, despachó á Gonzalo de Guzman, recomendándole que de concierto con su capellan, y juntándose con Pánfilo de Narvaez que estaba en la Corte hacia algun tiempo, y era muy de su confianza, tratasen sus negocios y pretensiones. Narvaez habia adelantado mucho sus pretensiones de lo que tenia dado parte, y Velazquez no dudaba de conseguirlo todo de la proteccion del obispo de Burgos. En efecto, se habia

introducido mucho Narvaez con este prelado, cuya autoridad crecia más y más por la muerte del gran canciller: fué hácia últimos del año de mil quinientos diez y nueve declarado presidente del nuevo Consejo de Indias. Hizo valer mucho este ilustrísimo para con el Rey el celo y los servicios del gobernador de Cuba: pensó aun casarlo con Doña María Mayor de Fonseca su sobrina, y el día trece de Noviembre hizo firmar al Rey un concordato y en virtud del cual le daba á Velazquez el título de Adelantado por toda su vida: le declaraba su capitán y teniente general en la isla de Cuba, en las tierras que descubrió, y de las que á su costa descubriese, y aun le daba permiso para hacer leva de gente en los términos de su jurisdiccion y aun en la isla Española, y arreglaba para él de un modo ventajoso los provechos que se podian sacar del Continente. Recibió Velazquez un poco tarde estas mercedes del Rey, y gozó poco de tan crecidos privilegios, que por razon de esta nueva dignidad que habia alcanzado, le levantaba de simple teniente de Colon á un estado superior al del Almirante D. Diego, y con mas facultades que él, menos el caracter de Almirante. Pero estas mismas gracias no sirvieron mas que á empeñarle en empresas para él muy funestas, y no tardó en verse reducido á un estado que podia mover más á compasion que á envidia:

habia hecho gastos considerables para esta expedicion, pensando que le habia de redundar mucha gloria, sin atender que para llegar á estos fines le convenia, ó mandarla personalmente ó escoger mejor el gefe que hiciese sus veces.

Aceptó Cortés el nuevo agasajo con mucho aprecio; y no obstante los esfuerzos de los parientes de Diego Velázquez, que tendian á desquiciarle de su confianza, se valió de la resolucion, que mantuvo á rostro firme, para ganar el tiempo en prevenciones y tratar así de la seguridad de su empleo. Empezó á gastar liberalmente el caudal con que se hallaba, y el dinero que pudo juntar entre sus amigos, en comprar viveres y prevenirse de armas y municiones para ayudar al apresto de la armada, cuidando al mismo tiempo de atraer y ganar la gente que le habia de seguir. Alistáronse en pocos dias trescientos soldados, y se ofrecieron á seguirle personas principales. El historiador Herrera pretende que Cortés se quiso alzar con la armada, sacudiendo toda dependencia de su general y gobernador, y que quiso salir de noche del puerto de Santiago, temiendo que Velázquez, ya sabedor de su intento, le detuviese. Solís dice lo contrario, fundado en el testimonio de Bernal Diaz del Castillo, que fué testigo ocular.

Al fin, y de cualquier modo que haya sido,

Cortés se quiso prevenir contra las sospechas de Velázquez, y salió con su armada del puerto de Santiago de Cuba en diez y ocho de Noviembre de mil quinientos diez y ocho, y costeano la isla por la banda del Nordeste, llegó en pocos dias al puerto y villa de la Trinidad, donde tenia muchos amigos que le quisieron ayudar con sus caudales y seguirle en persona. Como habia pasado la noticia de este armamento á la Villa del Espíritu Santo, que está poco distante de la Trinidad, le vino un refuerzo de gente y de amigos con el mismo intento de seguirle: con este refuerzo de gente noble, y con otros cien soldados que se juntaron de ambas poblaciones, iba tomando cuerpo competente la armada, y al mismo tiempo no omitió diligencia para hacerse de bastimentos, de armas y caballos, granjeando á sus amigos con su natural agrado y obligándolos con sus liberalidades. Miétras tanto se hallaban estas dos villas en movimiento para favorecer esta empresa de Cortés, sus émulos no perdian tiempo para desquiciarle de la confianza que Velázquez le habia manifestado, y lograron tanto en su ánimo, que resolvió romper con Cortés y quitarle el gobierno de la armada. Envió órdenes y provisiones para Francisco Verdugo, que era alcalde de la Villa de la Trinidad, dándole comision para detener la armada y que le quitase á

Cortés el mando de ella jurídicamente: era más fácil despachar esta comision que ponerla en ejecucion, porque Cortés, noticiado de todo y resuelto ya, despues de haber pesado lo que correspondia en semejante lance, vió que no le convenia disimular sus quejas ni era tiempo de consultar medios de embarazar las grandes resoluciones: trató de ver por sí y usar de la fuerza con que se hallaba segun la hubiese menester. Puso toda su diligencia, ántes que se publicase la órden que venia contra él, en asegurarse de los intentos de Diego de Ordaz, porque era de quien se recelaba más: le habló en secreto, y procuró que él mismo hablase á Francisco Verdugo apoyando sus buenas intenciones y lealtad en el servicio del Rey y de su Gobernador Don Diego Velázquez: procuró despues sondear los ánimos de algunos afectos al Gobernador de Cuba, y persuadiólos con tanto arte, y especialmente al mismo comisionado Francisco Verdugo, que escribieron todos una carta á Diego Velázquez, en que le decian que ya no era tiempo de detener á Cortés, porque se hallaba con mucha gente para dejarse maltratar ó reducirse á obedecer, y que lo mejor era llevar á Cortés por el camino de la confianza para asegurar con nuevos beneficios el que primero le habia ofrecido. Cortés tambien escribió por su lado de un modo muy medido y sin fal-

tar al respeto debido de un subalterno para con su superior; daba á entender en su contexto la nobleza de su corazon, despidiendo algunas centellas de resentimiento que dicen bien á una virtud calumniada.

Hecha esta diligencia, puso Cortés todo su cuidado en abreviar la partida. Se embarcó con la mayor parte de la gente para ir á la Habana por la banda del Sur, y envió por tierra un buen número de soldados mandados por Pedro de Alvarado. Llegado á la Habana él y toda su gente, unos por mar y otros por tierra, se adquirió en esta ciudad nuevos amigos y refuerzos de soldados voluntarios; y como toda la gente noble que se apresuraba á seguirle no ahorra nada para ir bien equipada, era muy lucido este armamento. Pero cuando con más viveza y diligencia se hacian los últimos preparativos de esta armada, llegó Gaspar de Garnica con cartas para Pedro de Barba, teniente Gobernador de la Habana, en que le ordenaba Velázquez que prendiese á Hernan Cortés y se lo enviase. Otras fueron despachadas á Diego Ordaz y á Juan Velázquez de Leon para que auxiliasen á Pedro Barba, y á todos advertia que no siguiesen el ejemplo de Verdugo, contra quien estaba indignado por no haber ejecutado sus órdenes, y que si le faltaban en esto, no admitiria excusa y les haria sentir los efectos de su indigna-

cion. No le salió mejor esta tentativa á Velázquez que la primera: fué generalmente desaprobada; y Cortés, viéndose apoyado de fuerzas competentes y de amigos nobles y esforzados, avisado del rumor que corria de que Velázquez venia en persona á la Habana para proceder contra él, violentó la salida de su armada del puerto de la Habana. Se componia la armada de diez navios y de un bergantin. Formó de su gente once compañías, dando una á cada bajel, para cuyo gobierno nombró por capitanes (que debian tener igual autoridad por mar que por tierra) á Juan Velázquez de Leon, Alonso Hernández Portocarrero, Francisco de Montejo, Cristóbal de Olid, Juan de Escalante, Francisco de Morla, Pedro de Alvarado, Francisco Saucedo, Alonso Dávila y Diego de Ordaz; y tomando para si el gobierno de la capitana, encargó el bergantin á Ginés de Nortez: dió tambien el cuidado de la artilleria á Francisco Orozco, soldado de reputacion en las guerras de Italia, y el cargo de piloto mayor á Anton de Alaminos, diestro en aquellos mares. En todas estas disposiciones demostró el conocimiento de un sabio general, previniendo contingencias y todo lo concerniente al mejor acierto de su expedicion. Tomó perfectamente sus medidas, manteniéndose, como dice Gonzalo Fernández de Oviedo, en la dependencia del Gobernador Diego Ve-